

BAJAR
DEL
CIELO



La historia de Tati no empezó – ni siquiera para ella misma – el cinco de Febrero de aquel lejano año en el que nació. Su verdadera historia arrancó un cinco de Abril, treinta y cinco años después.

Hasta ese día Tati quiso. También fue querida... Y fue feliz, pero sólo eso.

Pero fue a partir de un extraño día de primavera cuando Tati amó, y también fue amada. A partir de entonces vivió con miedo, pero también con una pasión desmedida que la mantuvo muy cerca del cielo.

Todo comenzó como un juego... Como siempre, pero esta vez era verdad.

Todo comenzó con una partida de ajedrez en la piscina de su urbanización, y las partidas de tan noble y elegante juego de mesa o terminan en tablas (y todos tan contentos) o alguien hace un jaque, y el otro queda "mate".

Pues bien, así pasó todo.

Marga vivió, y amó, pero en eso del amor siempre hay algo más, algo que hay que guardar en secreto... Aunque no siempre se consigue.

Ella no esperaba lo que le iba a suceder. Sabía que ese hombre al que conocía y quería – pero de otra manera - la miraba de una forma extraña ese verano. Pero, al igual que miraba su escote, y sus piernas, también miraba los de todas las demás vecinas de la urbanización.

Al principio le resultó incómodo, incluso desagradable, pero poco a poco la idea de volver a parecer atractiva ante los ojos de otro hombre comenzó a iluminar las tediosas tardes de un largo y caluroso verano, rodeada de niños pequeños.

La sorpresa para ella llegó cuando una de esas tardes de ese verano se encontraron en la calle.

Ella iba con sus tres hijos, que, como siempre sucedía, no le hacían caso y corrían por delante de ella. Esa tarde no bajaron a la piscina porque iban a comprar... no recuerdo el qué.

Y se encontraron.

En realidad no fue un encuentro fortuito como ella pensó. Él hizo todo lo posible por encontrarla, incluso hablando con uno de sus hijos esa misma mañana, y así lo hizo.

Ella no le dio importancia a esa invitación a café.

Él estaba nervioso, y, casi sin esperarlo, se lo dijo. Delante de sus pequeños que jugaba con unos extraños muñecos de Pokemon.

- Te amo y te deseo desde que te conozco – le dijo tan serio que a punto estuvo de echarse a llorar. Los ojos le brillaban, y su voz temblaba.

Ella no supo qué decir... y huyó.

No podía creer que alguien le pudiera decir algo así a esas alturas de su vida. Y menos él, que era su amigo y su vecino.

Lo que no sabía era que esas palabras iban a hacer mella en su interior, y que, poco a poco, empezaría a despertar algo que tenía escondido desde hacía mucho tiempo.

Ella también se sentía atraída por él desde hacía muchos años, pero nunca pensó que pudiera ser real lo que siempre sospechó.

Es más, cuando lo pensaba, sonreía graciosamente, sin rubor, sin mayores pretensiones, como hacía cuando pasaba junto a ese lujoso chalé que había detrás de su casa.

También le gustaría tenerlo, pero no le hacía falta para sentirse feliz.

Ella estaba casada, y con tres hijos. Él era más joven, y estaba recién separado de una mujer que era su amiga.

Durante varios años habían vivido en el mismo portal, y en la misma planta, y su ex-esposa había llegado a ser una de sus mejores amigas.

Él siempre la miró de una manera extraña. Incluso se mostraba nervioso cuando estaba a su lado, pero ¿cómo ella iba a pensar que alguien como él iba a sentir algo así por alguien como ella?

Él era más joven, y parecía muy enamorado de su mujer. Ella, en cambio, ya había dejado de ser atractiva incluso para su marido, que apenas la tocaba ya.

Y el verano llegó mientras ellos se evitaban. En realidad era ella quien lo hacía. Pero esas palabras que le había regalado se acostaban con ella, se levantaban con ella, viajaban con ella, y jugaban con ella.

- Te amo y te deseo – le dijo asustándola como nunca antes se había sentido.

Ahora, al recordarlas, sonreía.

- Yo también te amo – empezó a repetirse a sí misma, cada vez que se encontraba con él, cada vez que lo veía en la piscina, cada vez que cerraba los ojos... y cada vez que los abría.

Y Tati volvió a despertar su cuerpo, y sus manos volvieron a dibujar placeres por él. Las duchas volvieron a recobrar un interés antes dormido, y sus siestas fueron más largas y sudorosas que las de antes.

Ese hombre había estado siempre dentro de ella, pero nunca había sido capaz de reconocerlo... Ni siquiera supo nunca que ella misma le deseara.

Ahora sí lo sabía. Le deseaba más que a nada en el mundo, y empezó a fantasear con él, proyectando películas que nunca había visto, y leyendo pasajes que nunca antes había leído. También escuchó músicas que aún nadie había compuesto y, mucho menos, interpretado.

Y pasaron el verano alejándose y buscándose.

Por suerte, o por desgracia, se veían todos los días en la piscina de la urbanización y su amor platónico se fue llenando de más amor, y vaciando de platonismo.

Ella sabía que no podía pasar nada entre ellos. Ella estaba casada, y ese hombre era una fruta prohibida.

Pero él se hizo más patente en su vida. Cada vez que salía de casa él parecía estar esperándola. Cada vez que bajaba a la piscina allí estaba él también, e incluso en el supermercado, o en la playa, se encontraban.

Pero era, sin duda, en el ascensor donde más miedo tenía cuando lo compartía con él.

Las doce plantas que tenían que subir, o bajar, parecían eternas, y pocas eran las veces en las que no se atrevía a cerrar los ojos para no verse desnuda entre sus brazos.

Ella siguió huyendo de él, pero no podía hacer nada por evitar sentirse bien al saber que alguien como él la deseaba. Empezó a recuperar algo perdido... ese sentimiento vivo de volver a sentirse mujer y, sobre todo, de sentirse deseada por alguien.

Ella paseaba con su marido y sus hijos, pero era a él a quien buscaba. Él, que lo sabía, hacía porque sus esfuerzos fueran recompensados.

Casi diez años después volvió a recuperar aquel bikini que tan bien le sentaba, y a través de las gafas de sol descubrió una nueva forma para saciarse de él mientras tomaban el sol en la piscina.

Fue el teléfono móvil quien habló por ellos, porque cuando estaban cerca ni se atrevían a mirarse.

Sólo lo hacían a escondidas – el mirarse – evitando que los demás se dieran cuenta de que entre ellos había algo más que una bonita amistad.

Y finalmente amó, alejándose del platonismo, y fue amada como solo los animales salvajes pueden serlo.

Ella nunca fue un animal salvaje, aunque en muchas partes de su vida hubiera sufrido esa sensación febril que acompaña a la locura al ver una película erótica, al leer un pasaje sensual, o simplemente al ver una pareja besándose y tocándose en las oscuridades y en la soledad que provoca la multitud en una discoteca.

Y amó y fue amada, pero a escondidas.

Se besaron por primera vez una tarde de frío, cuando el verano ya se había ido.

Él aprovechó para ir a su piso una tarde que sabía que estaba sola. Ella, al verle, intentó no abrirle la puerta.

Allí, mirándole desde el otro lado de la madera, sintió que las piernas perdían sus fuerzas, y rezó para que se marchara.

Pero él insistió. Pegó una vez, y otra, y otra... y mil seguidas.

Ella luchó estoicamente desde el otro lado, agarrando su propio cuerpo que se empezaba a derretir allí mismo, cayendo sobre el parqué.

Fue cuando él hizo el ademán de alejarse cuando sus manos – juro que no fue ella quien lo hizo – abrieron la puerta.

Él entró en silencio. Ella estaba de espaldas, intentando alejarse hacia el salón.

Él no pudo más, y la detuvo, cogiéndola por la cintura.

Repitió su nombre varias veces, como en un susurro, pero ella parecía no entenderle, y luchaba para separarse de él.

- Esto es una locura – no dejaba de repetir.

No puedo recordar si intentó echarle o no, pero cuando el abrazo se hizo de carne ambos dijeron lo mismo, lo que les hizo sentir mejor aún.

- ¡Por fin!

Ni siquiera los nervios ni el miedo pudieron restar un ápice de belleza al momento. Se besaron, se tocaron, se desnudaron, y se saciaron.

Se besaron un millón de veces. En realidad se besaron una sola vez, pero por su extensión en el tiempo resultó eterno.

Después se desnudaron, y se sintieron bien, sin miedos, sin reproches... sin nada. Solo ellos, que no era poco.

Y él entró en ella, y ella no le dejó salir porque allí supo que ese momento duraría siempre y que siempre lo recordaría.

Allí, recibiendo sus pletóricas caricias, comprendió lo que para ella era incomprensible: Lo amaba.

Despertó de su sueño una hora después.

Él estaba casi dormido a su lado, desnudo sobre la madera del suelo. Sus ropas estaban tiradas, casi arrancadas, y se sorprendió desnuda al verse reflejada en la puerta de cristal donde descansaba la vajilla que le regaló su madre.

Le gustó lo que vio. Sus pechos volvían a recobrar su forma, y su sonrisa era una mezcla de lascivia e ingenua maldad.

A su lado descansaba él, el hombre que había destapado la caja de los truenos, el pintor que había manchado de colores el blanco óleo que había sido siempre...

Se saciaron tanto que tuvieron que repetir al día siguiente. Y volvieron a saciarse, comprendiendo que el término platónico no es posible cuando se trata de amor.

Después se amaron en la distancia porque ambos sabían que estaban jugando con fuego.

Y el fuego es incontrolable, y termina cambiando de dirección, quemándote.

Mejor así – pensaron ambos.

Y llegó el siguiente verano. Y volvieron a amarse de nuevo.

Hicieron el amor escondidos en la noche, y hasta en un bonito Motel de carretera, pero, sobre todo, lo hacían con la mirada, en la piscina, en la calle, o donde quisiera que estuvieran.

El hombre que la sació de placeres infinitos no fue ese hombre con el que había compartido una vida plena en la tierra. Ese hombre, o animal, o como ni ella misma sabría calificar, fue el que la llevó al cielo al que nunca supo, o no la supieron hacer llegar.

Aun así Tati renunció al cielo que su amante le mostró porque sabía que ese cielo que le mostraba no era real, sino la antesala del mismo infierno.

Y en ese infierno se quemó. Pero se quemó al salir, al renunciar a él.

Y le dolía todo el cuerpo, y todo el alma. Y le dolía de verdad, con un valor desmedido que la estaba llevando al insomnio, a la tristeza, y a una melancólica depresión de la que no podría salir si no actuaba con rapidez.

En juego no estaba la vida de su marido, ni siquiera la de sus hijos... Ahora la que estaba en juego era la suya.

Y pensó a solas, provocando una futura sequía en sus ojos.

Ella siempre había querido a su marido, y siempre había pensado que su amor por él sería algo eterno.

Fue él quien me dio los grandes momentos de mi vida, y con quien los compartí – pensaba, llorando en esa cama que llevaba compartiendo con su marido tantos años, y de la que deseaba escapar.

Fue con él con quien compartí el día de mi boda, ese maravilloso día.

Fue con él con quien compartí también todos los momentos de antes, de durante, y de después de todos los partos.

Juntos habíamos vivido en la tierra que compartimos, y en algunas ocasiones – aunque no muchas - habíamos llegado a acariciar las nubes.

Pero llegaste tú y me llevaste al cielo. ¡Y qué difícil es bajar de él cuando ya sabes que existe y está tan cerca!.

Y por eso estoy desolada, porque sé que volveré a pensar en el cielo todas las noches de mi vida. Pero ya no será de igual forma como cuando era una niña y me lo imaginaba.

Ahora, ya sé que el cielo existe realmente, y por eso lloraré todas las noches que me queden en esta vida... porque sé que nunca más volveré a él.

Aunque sigas pidiéndomelo.

¡Nunca más!